

III

Editorial SENECA

Varsovia 35-A

México, D. F., México

Obras en venta:

<i>El problema social de la lepra</i> , por el Dr. Julio Bejarano:	¢ 3.50	<i>España, aparta de mí este cáliz</i> , por César Vallejo	3.50
<i>La mujer, el amor y la vida</i> , por el Dr. Torre Blanco	3.50	<i>Memoria del olvido</i> (Poesías) por Emilio Prados	3.50
<i>Enfermedades venéreas</i> , por el Dr. Julio Bejarano	3.50	<i>Nabi</i> , (Poema) por José Carner	3.50
*			
<i>Disparadero español</i> (el alma en un hilo) por José Bergamín	5.00	<i>Espejo de alevosías</i> (Inglaterra en España), por E. Dzelepy	7.00
<i>Poesías líricas de Gil Vicente</i> , (Selección y notas de Dámaso Alonso)	3.50	<i>Niebla de cuernos</i> (Entreacto en Europa), por José Herrera Petere	3.50
<i>Concordia y discordia</i> , por Juan Luis Vives. Traducción de Laureano Sánchez Gallego (encuadrado en cartón)	14.00	<i>Paseo de mentiras</i> , por Juan de la Cabada	3.50
<i>Piedras Blancas</i> (Experiencia de la Muerte) por Pablo L. Landsberg	4.00	Fray Luis de Granada: <i>Maravilla del Mundo</i> . Selección y Prólogo de Pedro Salinas	3.50
		Karl Vossler: <i>Literatura española del Siglo de Oro</i>	3.75

Con el Adr. del Rep. Amer. Calcule el dólar a ¢ 5.

¿Que he pintado un cuadro lúgubre? Esa es la realidad. Estamos ante una revolución mundial; hasta que una nueva fuerza la transfigure, continuará siendo una revolución hacia abajo. Es una revolución hacia abajo porque el altivo período moderno ha sido un período de transición que no consiguió engendrar el *ethos* capaz de impulsar al hombre hacia adelante, hacia ese mundo maduro de íntegra democracia industrial que la máquina y nuestra tradición del alto destino del hombre hacen obligatorio. Esta es una revolución de inercia, de reacción, pues tal es la única alternativa a lo que siglo y medio de pensamiento liberal y radical no logrará realizar: un programa para llevar a la madurez la revolución orgánica hacia adelante. El problema es cómo revolucionar la revolución.

Aquí, en los Estados Unidos, estas palabras tienen un sentido. Que no tienen ahora en la Alemania prosternada, en las igualmente prosternadas Italia, España, Francia. Y que tampoco tendrían aquí si limitásemos la prueba a las tendencias y evidencias de superficie, o limitásemos la capacidad del hombre a la de un factor económico-social. Solamente tendrán un sentido si rehacemos en términos modernos la creencia en la libertad humana; si creemos (como creían nuestros abuelos) que el hombre puede transfigurar sus condiciones somáticas y su vida mediante un principio eterno yacente en sus adentros. Porque los hombres lo creyeron así hubo una historia humana; porque los hombres dejaron vitalmente de creer en él después de Descartes ha habido esta revolución regresiva. No es este el momento oportuno de entrar a examinar el sentido de la libertad humana; ello nos llevaría a la metafísica y la religión, temas para los cuales hay poco sitio en nuestras revistas. El lector que acceda a honrarme provisionalmente con la benévola suposición de que esto es algo más que una cháchara, debe acudir a mis libros. Aquí, lo único que puedo decir es lo siguiente: la creencia en la libertad humana tiene dos formas de acción: personal y social. La forma personal significaría una revolución en nuestra actitud individual, tanto emocional como estética y religiosa. La forma social significaría una revolución social; o sea, en este caso específico, mientras nos rearmamos o entramos en guerra, significaría que tendríamos no sólo que conservar, sino que ampliar nuestras libertades civiles, costare lo que costare, tirando a la vez por la borda de nuestra política de hombres de negocios y empezando a instaurar esa justicia económica con la cual no puede coexistir el sistema capitalista. Pero la dificultad estriba en que no podemos encaminarnos directamente hacia esas finalidades sociales a menos de aceptar un sentido de la libertad humana que todos nuestros credos liberales y empíricos se empeñan en negar: un sentido de la naturaleza del hombre que tiene forzosamente que revolucionar nuestros valores estéticos y sociales. De otro modo, no haremos

mos sino repetir los errores del superficial siglo xviii y el acomodaticio siglo xix, cuya cosecha está bien a la vista en Europa.

Acaso diréis: 'Dadnos un programa práctico. Francia, habiendo traicionado a la República Española, ha caído por debajo de España. Hitler profana París, capital del Occidente. Inglaterra, nuestro único bastión allende el mar, lucha sola. ¡Dadnos un programa práctico!' Si con ello queréis decir una solución inmediata, en ese caso dirigíos a los demagogos. Hay ciertas medidas que podrían tomarse, y que deberían, sin duda, si no queremos emular las estúpidas disposiciones pre-guerra de Francia e Inglaterra. Así, por ejemplo, deberíamos declarar un estado de emergencia nacional, ayudar a Inglaterra hasta que ésta pueda prescindir de la ayuda, barrer todos los consulados alemanes, nidos de espías en el país, rompiendo las relaciones diplomáticas, sujetar la Industria a un sistema de servicio obligatorio (lo que implica el librarse de una vez de los Knudsens), y entonces, y sólo entonces, levantar un ejército que, como medida normal de paz, es una vergüenza y un peligro. Pero todo esto no constituye un programa práctico para llegar a una solución; todo esto no son sino pasos elementales hacia la salud. El único programa práctico que podemos permitirnos hoy día los americanos es el renunciar a toda conclusión pragmática. El precio de la libertad humana es el renunciar a la seguridad misma de la vida. El precio de nuestro maravilloso destino humano es el sentirnos humildes ante las tinieblas que hemos creado —y que nuestra

humildad puede acaso hacer creadoras—. El espíritu racionalista y empírico puede perfectamente urdir la lógica de todo lo pasado; pero no podrá jamás predecir el futuro. En esta dirección, se levanta ante él una incógnita: la cifra misteriosa de la libertad humana.

La magia, dicen los indios, es un cambio de actitud. Con un cambio de actitud hacia nuestro destino como hombres y como americanos, en este momento que el hado nos concede, algo semejante a la "magia" puede ocurrir. Podemos armarnos, podemos entrar en la guerra; pero estos actos frustrarán seguramente si tememos armar al mismo tiempo el pueblo contra su explotación económica y —lo que es peor aún— psicológica; contra nuestros propios nazis, los explotadores situados en los altos puestos que vociferan alrededor del patriotismo para extraviar nuestros temores, y contra sus secuaces y asalariados en los colegios, los periódicos, las artes, que continúan predicando la santidad y el único bien del "confort". Debemos luchar, no creyéndonos ni un ápice mejores que los alemanes —éste fué el embaucó que corroyó el entendimiento de Francia e Inglaterra, cuyas juventudes no tardaron en percatarse de la verdad, cuando ya era demasiado tarde— sino con la conciencia de lo innoble de nuestra civilización, de la inmundicia que yace debajo de nuestra brillante cultura, de nuestra responsabilidad en la existencia de aquello contra lo cual lucharemos ahora, y de nuestra grandeza a causa del Dios que vive en nosotros.

No sé hasta qué punto este cambio de actitud operará su magia en la vida americana. Pero sí es seguro que ningún remedio menos radical podrá ya desviar el presente rumbo desastroso de los Estados Unidos hacia una humillación no idéntica, pero sí análoga a la de Europa. Los fascistas han trazado claramente su línea en un triple frente, luchando contra la justicia económica, contra la democracia política, contra la dignidad humana. Su éxito se debe a su unidad absoluta y a la pa-

Refiriéndose al intenso debate que en los Estados Unidos han provocado las responsabilidades en el desastre de Pearl Harbor, The New Republic dice: "El gran pecado de Pearl Harbor es un pecado del cual la América es responsable. El pecado de la complacencia, del exceso de confianza y optimismo, de la inercia, de la repugnancia a abandonar nuestro suave y fácil sistema de vida. Era muy trabajoso e incómodo mantener patrullas de vigilancia durante las 24 horas del día; como lo es prescindir del automóvil, reducir la ración de azúcar, ceder una parte de las ventas para la preparación de la guerra, suprimir muchas otras cosas frívolas y suntuarias. Tenemos que tomar la guerra en serio, y debemos hacerlo con toda rapidez".